

LAS PARTES DE LA LUNA

2º-3º

Japón- Tomoyuki

O SO RA NO O TSU KI SA MA MI MA MO RU SHI TA DE
Ba - ja, lu - na, ba - ja del cie - lo, cuí - da - nos y da tu a - mor

NE N EN N KO RO RI NE N NE N KO RO RI.
pa - ra que dur - má - mo nos en tu blan-co ex-plen - RI. dor.

<https://ideaswaldorf.com/baja-luna/>

Había una vez un hombre que tenía una hija. La muchacha era su mejor ayuda, pues durante el verano llevaba a pastar al rebaño de renos lejos del campamento, y durante el invierno, los conducía más lejos aún. Solo de cuando en cuando iba a buscar comida utilizando el reno de tiro.

Una noche, el reno levantó la cabeza y viendo algo en el cielo dijo:

—¡Mira, mira!

La muchacha miró hacia arriba y vio cómo bajaba la Luna en un trineo conducido por dos renos.

—¿Adónde va? ¿Qué quiere? —preguntó la muchacha.

—¡Quiere llevarte con ella! —le contestó el reno.

La muchacha se estremeció:

—¿Qué puedo hacer? ¡Me llevará con ella!

El reno de tiro escarbó en la nieve con la pezuña haciendo un hoyo.

—¡Rápido, métete aquí! —le dijo.

La muchacha se puso dentro, y el reno la cubrió con la nieve. Y como por arte de magia ya no se veía a la joven. ¡Únicamente había un montoncito de nieve!

La Luna bajó desde el cielo y, después de detener a sus renos, descendió del trineo. Pasó por allí, mirando alrededor para buscar a la muchacha, pero no la pudo encontrar.

Se acercó al montículo, pero solo vio una pequeña elevación, sin adivinar lo que era.

—¡Parece cosa de brujería! —se asombró la Luna—. ¿Dónde se habrá metido la muchacha?

¡No puedo encontrarla! Me iré y luego volveré a bajar. Seguro que así sí que la atrapo.

Subió al trineo y guió a sus renos hasta el cielo. Nada más irse la Luna, el reno de tiro removió la nieve y, al salir, la muchacha dijo:

—¡Vayamos deprisa al campamento! ¡Me esconderé allí antes de que la Luna vuelva a descender!

Se subió al trineo y el reno marchó a toda velocidad. Corrieron hasta el campamento y la muchacha entró enseguida en la tienda; pero su padre no estaba allí. ¿Quién la ayudaría?...

El reno se apresuró a decir:

—¡Tenemos que escondernos, si no la Luna nos atrapará!

—¿Dónde me puedo esconder?

—¡Te transformaré en algo! ¿Qué te parece en un cepo?

—¡Me descubrirá!

—¡Pues, en un palo de la tienda!

—¡Me descubrirá!

—¿Qué podemos hacer entonces? ¡Te convertiré en candil!

—¡Muy bien!

—¡Siéntate!

La muchacha se sentó. El reno dio un golpe con la pezuña y la convirtió en un candil que lucía intensamente e iluminaba toda la tienda.

Apenas se hubo transformado la muchacha en candil, cuando la Luna descendió de nuevo para registrarlo todo: primero buscó entre el rebaño y después corrió hacia el campamento.

Ató sus renos y entró en la tienda. Se puso a buscar, miró y remiró, pero no consiguió encontrarla.

Rastreó entre los palos de la tienda, examinó cuidadosamente todos los utensilios, cada fibra de la tienda, cada rama de las camas, cada montoncito de tierra..., ¡pero no vio a la muchacha por ninguna parte!

Sin embargo, la Luna no se fijó en el candil, ya que su luz era tan fuerte que se confundía con la propia Luna.

—¡Parece brujería! —dijo la Luna—. ¿Dónde estará? ¡Me voy a tener que ir sin haberla encontrado!

Salió de la tienda y desató los renos. Cuando lo hubo hecho, se sentó en el trineo. Pero cuando ya se iba, la muchacha apareció detrás de ella y exclamó:

—¡Estoy aquí, estoy aquí!

La Luna soltó las riendas y volvió a entrar en la tienda, pero ella volvió a transformarse en candil.

De nuevo la Luna empezó a buscarla. Buscó entre las ramas, entre las hojas, entre cada pelo de lana, entre cada grano de arena, ¡pero no estaba por ninguna parte!

—¡Esto parece brujería! ¿Dónde estará? ¿Dónde se habrá metido? Bueno, no tengo más remedio que marcharme.

En cuanto desató los renos y se montó en el trineo, la muchacha se asomó por detrás de la cortina y riéndose gritó:

—¡Aquí estoy, aquí estoy!

La Luna volvió a entrar en la tienda y siguió buscando. Buscó durante un buen rato, puso todo patas arriba, pero no la pudo encontrar...

De tanto buscar y buscar se quedó agotada, adelgazó y se debilitó. Poco a poco le empezaron a flaquear las piernas y fue bajando los brazos...

Entonces, la muchacha dejó de tenerla miedo. Volviendo a su aspecto normal salió de la tienda, se abalanzó sobre la Luna y la ató de pies y manos.

—¡Oh! —dijo la Luna—, ¡ahora me pegarás! Está bien, pégame, me lo merezco porque quería llevarte conmigo. Pero antes de pegarme, tápame con la cortina, dame calor porque estoy helada...

La muchacha contestó sorprendida:

—¿Cómo que estás helada? Si siempre vives en libertad, no tienes tienda, ni casa. ¡Levántate y sal fuera! ¡Tú nunca has necesitado abrigarte con nada!

La Luna comenzó a suplicar a la chica:

—Es cierto, siempre he estado sin casa. Déjame libre y ayudaré a tu pueblo. Por favor, permíteme que me vaya y serviré de señal a tu gente. Si me dejas marchar,

convertiré en día la noche y dividiré el año para vosotros:

*seré primero **la luna del viejo toro,**
después **la del nacimiento de los terneros,**
luego **la del agua, la de las hojas,**
la del calor y la del descortezamiento,
después seré **la del amor entre los renos salvajes,**
también **la luna del invierno temprano,**
y **la luna del acortamiento de los días...***

—Pero si te suelto, cuando recobres tu fuerza, cuando se fortalezcan de nuevo tus brazos y tus piernas, ¿no me perseguirás?

—¡Oh, no, no lo haré! ¡Me olvidaré de eso! ¡Eres muy lista! Jamás volveré a bajar por el camino desde el cielo. ¡Suéltame e iluminaré a tu pueblo!

Entonces, ella la soltó, y la Luna cumplió su promesa: desde entonces ilumina las noches.